

REVISTA COSTARRICENSE

AÑO XIX

San José, C. R., Domingo 5 de Setiembre 1948

REPUBLICA COSTARRICENSE
SAN JOSE
COSTA RICA
777



DOCTOR DON JOSÉ MARIA CASTRO MADRIZ

A este egregio prócer de nuestra historia patria, le cupo el honor de proclamar la fundación de la República el 31 de Agosto de 1848, hace cien años. Que la juventud de hoy día imite a toda esa pléyade de varones que fueron verdaderos patriotas y que son orgullo de los costarricenses,

¡Oh madres que no sois madres!

¡Oh padres que no velais por vuestros hijos!

¡Oh hijos ingratos!

Cuántas tristezas hay que lamentar por el descuido de las madres y de los padres de familia con sus hijos... les dan tanta libertad que ha llegado a convertirse en libertinaje... Si los padres son flojos, las madres no deben ser tan tolerantes con sus hijos... Que reflexionen en el abismo de inmoralidad en que se hundan y cuando el agua les llegue al cuello entonces es el llanto y crugir de dientes. Para la mayoría de las madres de hoy día la reputación de sus hijas no les importa un comino... que se diviertan, que gocen de la vida, para eso es la juventud... cómo es posible que se queden rezando el Rosario en casa, aburriéndose y haciéndose neurasténicas... que se vistan lujosamente para lucir sus atractivos personales, para que impresionen bien... eso es lo importante... muy pronto encontrarán con quien casarse... Y no piensan que si encuentran marido será uno igual a ellas de superficial y que la ilusión del matrimonio durará apenas lo suficiente para buscar otra que les satisfaga... para eso existe la ley del Divorcio que es muy sabia para eso de la separación... Si de esa unión quedó un hijo, eso no importa, para el padre es un ser que desea ignorar; para la madre tampoco es obstáculo para un segundo enlace, pues la abuela se hará cargo de él.

Las víctimas de esos matrimonios superficiales son los hijos... sin hogar... sin un amoroso padre que los guíe e el camino de la vida y sin el afecto cariñoso de la madre que les dió el sér. Hoy día no existe el sentido de la responsabilidad moral, y si no tienen Santo Temor de Dios, por lo menos debieran tener un poquito de sentido común para reflexionar en las consecuencias de vida tan pagana. NUESTROS ACTOS NOS SIGUEN,

es el título de una novela de Paul Bourget, en la que demuestra de una manera convincente que toda acción mala que se comete tiene su propio castigo porque tarde o temprano se recibirán las consecuencias de ella.

Muy triste será para los que dieron el sér, a un hijo, verlo más tarde entregado a los vicios y como final una cárcel... y a la hija hundida en los vicios y con una vejez llena de amarguras, porque nada hay más espantoso que el recuerdo de las faltas pasadas. ¿Y el honor del nombre?

La VOZ DE LA CONCIENCIA, con su rudo y monótono golpe que solamente oye el criminal o aquel que fué la causa de un desastre de las almas de sus hijos, golpeará sin cesar... pero ya es tarde... el remedio no existe... y qué le queda a aquellos que no supieron guardar esos tesoros que les confió Dios? Llorar, llorar... consumirse de dolor...

No hay orgullo, ni satisfacción más grande para un hijo que decir: mi madre es una santa, mi padre es un santo... los dos se aman como en la luna de miel. La honradez inmaculada de los padres es el pergamino más valioso que pueden legar los padres a sus hijos... cuántas veces hemos oído a hijos e hijas al hablar de sus padres, hacerlo con tanta satisfacción que pensamos, dichosos hijos que saben apreciar la honradez y santidad de los que les dieron el sér.

Y no piensen las madres que la educación de sus hijos comienza cuando tenga uso de razón, alguien dijo que la formación del hijo debe comenzar desde el momento que Dios le dió la vida, pues la madre no debe dejar la suerte del hijo en manos de nadie... debe consagrarlo a Dios y a la Santísima Virgen para que lo ben-

digan, y lo formen perfecto y sano de cuerpo y alma.

Nace el hijo y la madre debe emprender inmediatamente su educación y seguirlo paso a paso como quien cuida una débil planta; debe instruirse en pedagogía maternal, y en los cuidados del niño y no dejarlo un minuto en manos de las sirvientes, pues aún cuando sean muy buenas les falta la instrucción sobre el cuidado de los niños. La madre debe sacrificarse en bien de ella misma y de su hijo. Desgraciadamente hay muchas madres que llevan una vida social tan llena de compromisos que se ven obligadas a dejar a sus hijos cuando más las necesitan ellos.

Conocimos una joven señora, riquísima, cuando tuvo su primer hija se dedicó completamente a su educación; nada de fiestas nos dijo, yo soy madre y esa es mi principal fiesta. Daba gusto ver el cuartito de la niña y todos los detalles y pensábamos: qué hermoso sería que esta madre diera un curso de pedagogía y de amor maternal a todas las madres jóvenes.

Es muy triste pensar en que lo que más preocupa a las madres superficiales es el vestir a sus hijitas lo más desnudas posible, y no comprenden que si a una niña se le acostumbra a desnudeces insensiblemente pierden el pudor y cuando llegue a la edad en que debieran ser ángeles de pureza no se avergüenza de ir con vestidos que lo que menos tienen es de estéticos.

Las llevan al Cine a ver horrores en materia de costumbres paganas, allí aprenden antes de tiempo todo lo que envilece el corazón y es por ello que pasan tantas cosas deplorables en nuestra sociedad. La moral desaparece, pues el Cine se encarga de corromper el corazón de la mujer.

Hay un sin número de costumbres sociales que deben desaparecer para que la sociedad vuelva por los fueros de la dignidad. Llevar los esposos a sus esposas a hosterías donde van las desgraciadas mu-

chachas que se ganan la vida con su propio envilecimiento es algo que no comprendemos; ¿qué placer puede tener un caballero al llevar a su propia esposa a contemplar danzas y procederes que sólo en esos lugares se ven? Y sepan que esa vida repugna aún a esas pobres almas que cayeron por pobreza o por el lujo o víctimas de los hombres perversos. Oigan lo siguiente: hace poco tiempo llegó al Buen Pastor una muchachita de catorce años, una de esas tardes de invierno en que los rayos del sol al hundirse en el horizonte envían sus reflejos a las blanquísimas nubes convirtiéndose en celajes bellísimos que hacen desear un resurgimiento igual de las atmósferas... esa transformación la sintió esa alma... tocó el timbre, salió una Hermanita y le preguntó qué deseaba, llorando amargamente le dijo: Madre no quiero seguir siendo mala, quiero quedarme con ustedes, no quiero ofender más a Dios... la Luz de la gracia bajó a aquella alma para comprender su propia miseria... entró y ahora es feliz porque comprende que la presencia de Dios no debe apartarse de nuestros corazones para no ofenderlo...

Pero en medio del paganismo reinante nos consuela pensar que en San José hay muchísimas familias verdaderamente cristianas, sus hijos educados en el Santo Terror de Dios se dedican los domingos a visitar los hogares pobres de los barrios más lejanos de San José; entretienen a los niños, les llevan golosinas, los enseñan a jugar Foot-Ball a los varones y a las niñas juegos apropiados, les enseñan el catecismo y socorren sus necesidades espirituales y materiales.

Todo lo que dejamos escrito lo hacemos con la mejor buena intención, por patriotismo y porque pensamos que las palabras trabajan las almas... le pedimos a Dios que nos conceda la inmensa dicha de que nuestros escritos den el resultado que deseamos para que la felicidad reine en todos los hogares.

Los Reyes Magos en Belén

(Preciosa Leyenda)

A orillas del mar oriental, dice Vicente de Beauvais, en las inmediaciones de la cuna del día, existía desde remotos tiempos una generación de la estirpe de Set, hijo de Adán.

Esta posteridad patriarcal llevóse en su lejana emigración un misterioso escrito, donde estaba predicho, que brillaría en los cielos una estrella maravillosa cuando el Salvador prometido al padre de los hombres apareciese sobre la tierra.

Los descendientes de Set dados a la vida solitaria, pasaban pues sus días con la esperanza de este milagro. Habían escogido entre ellos doce sabios cuya misión era observar de continuo el estado del cielo para buscar el signo sagrado que debía anunciar la redención del universo, estos sabios llevaban el nombre de magos, que significa doctos, y su cargo hereditario, era como un sacerdocio que se perpetuaba en las familias. Establecidos al pie de una montaña que se denominaba la montaña de la Victoria.

La noche que Jesús vino al mundo, dice San Juan Crisóstomo, los tres magos que se hallaban de servicio y se llamaban según la tradición, Melchor, Gaspar y Baltazar, advirtieron de repente una estrella móvil y de gran magnitud que parecía acercárseles.

A medida que la veían más claramente distinguían en su luz la figura de un tierno infante de encantadora belleza, cuya cabeza aparecía coronada de una aureola, destacándose sus rayos en forma de cruz. Al mismo tiempo una voz les dijo: "Partid ahora mismo y dirigíos a la tierra de Judea, donde encontraréis al Rey Salvador que fué prometido al mundo, pues acaba de nacer de una Virgen".

Los magos transportados de júbilo descendieron de la sagrada montaña, y cargando sus dromedarios con lo más precioso que tenían, pusieronse en camino

sin aguardar la aurora, y la milagrosa estrella les precedía en los cielos.

Tras una larga peregrinación llegaron a Jerusalén y se decían unos a otros, "sin duda, en los palacios de esta capital vamos a encontrar al Rey del universo".

Desapareció la estrella súbitamente y no sabiendo cómo orientarse, encontrando una ciudad tétrica y silenciosa, por la cual cruzaban soldados de Occidente. Desconcertados preguntaron a algunos transeuntes en qué lugar se encontraba el Rey Salvador, "porque hemos visto brillar su estrella en Oriente y venimos a adorarle con vosotros".

Nada comprendieron los hebreos de aquel lenguaje, más los fariseos más astutos escucharon su relato y subieron al Palacio de Herodes para estudiar el efecto que produciría en su lívido semblante la nueva amenazadora que venía a destronarle.

Disimuló el feroz idumeo el miedo que ya le embargaba, acogiendo la confianza de los fariseos con una calma aparente que embozaba sus negros designios.

Llamó Herodes a los Magos y los recibió muy amable e hipócritamente, les dijo:

Sabios extranjeros, antes de presentaros en mi reino eran ya conocidas vuestra ciencia y virtudes y el mismo Dios os ha escogido sin duda para traernos la luz. El acontecimiento que anunciáis marcado se halla en las antiguas profecías de este país, y

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada Joyería, donde encontrará Ud.: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para navidad

vuestra será la gloria de saludarle los primeros. Id, pues, con confianza, seguid vuestras investigaciones en las que siento no poder servirlos de guía. Tan pronto como hayais encontrado al Rey Salvadòr de quien sois mensajeros, os suplico que me lo participéis a fin de que vaya también a adorarle, al frente de todo mi pueblo.

Lejos estaban los Magos de sospechar que las palabras del rey pudiesen ocultar un siniestro designio.

Al salir de la ciudad real por la puerta de Damasco divisaron de nuevo la estrella, inclinándose hacia el Medio día, se detuvo sobre la gruta donde reposaba el Niño Dios. Al penetrar en aquel miserable asilo no temieron los magos engaño alguno. El Espíritu Divino que les guiara les revelaba sin duda el misterio oculto en aquella indigente soledad, y más allá de las formas terrestres vislumbraron los resplandores del Verbo.

Prosternáronse ante el Niño Jesús, según la costumbre oriental, y después de levantados, saludando a María y a José, abrieron una preciosa cajita que contenía oro, incienso y mirra, y depusieron estos presentes sobre el pesebre.

Estos dones eran simbólicos. Con el oro reconocían los magos la dignidad real de Jesucristo; con el incienso, su divinidad, y con la mirra, que servía en Oriente para embalsamar los cuerpos, su humanidad en una carne mortal y pasible. "Nosotros les imitaremos, dice un padre de la Iglesia, ofreciendo a Dios el oro de la caridad, el

incienso de la plegaria y la mirra de la mortificación".

"Entonces dice San Efrén, María, maravillada de aquella visita, dirigió la palabra a los Magos diciéndoles:

—¿Qué hacéis, nobles extranjeros? ¿Qué mano os ha conducido desde los palacios de la Aurora hasta este miserable retiro? ¿Para que presentáis estas ricas ofrendas, propias de reyes, a los pies de un niño desconocido, el más pobre de los recién nacidos de Israel?

El Mago Melchor.—Bendita seas, ¡Oh mujer! que has dado a luz a este niño, pues nosotros vemos en él al Rey de la Eternidad, a quien pertenece todo poder en la tierra y en los cielos.

La Virgen María.—¡Ah señor! ¿qué Rey se vió nunca condenado a nacer en un establo oscuro y tener por cuna un poco de paja que se dejaron olvidada los conductores de camellos de Siria? ¿Dónde estarán el cetro y la corona de este Niño Rey? decidme os ruego, ¿por qué señales penetráis su grandeza en el fondo de su indigencia?

El Mago Gaspar.—No lo dudes ¡Oh virginal Madre! Este niño viene de los cielos; bajo esa tierna envoltura reposa el ansiado de días, el Creador de la vida. Si ha querido nacer pobre y flaco como los recién nacidos, es porque ha venido al mundo para consolar a los pobres y libertar a los oprimidos. Día vendrá en que todas las potencias de la tierra humillarán a sus pies el orgullo de la diadema, y pues-

BETTINA DE HOLST HIJOS

LE OFRECE: Lino para manteles y sábanas Lino finísimo para manteles de altar. Toda clase de hilos D. M. C. Nuevo surtido de avalorio. Aros para bordar de todo tamaño con tornillo y con resorte. Hilo para bordar a máquina gran surtido de lanas para tejer. Tela plástica para capas. **Teléfono 4056**

ta la frente en el polvo confesarán su divinidad.

La Virgen María.—Ya veo, señor, que no se te oculta ningún secreto, pues habla por tus labios la verdad divina. Decidme os ruego: ¿qué revelación habéis tenido de todo esto allá en el fondo de Oriente? ¿Se os han aparecido los Angeles del Altísimo sobre las lejanas montañas donde el sol comienza su carrera?

El Mago Baltazar.—Madre Admirable, vimos brillar en los cielos una nueva estrella en la que no se había fijado aun la vista del hombre, y oímos una voz que inundó de alegría nuestra alma. Obedecemos a la voz, y la estrella nos ha mostrado la senda que debíamos seguir. Los signos que da EL ETERNO jamás nos engañan, y nuestra fe ha sido bendecida porque nos ha sido dado contemplar al Rey de los siglos futuros.

La Virgen María.—No habléis más de rey, nobles y santos viajeros; guardaos de repetir tales palabras en esta región desdichada. Jerusalén ha perdido su libertad: dominadores crueles han hecho pesar su yugo de hierro sobre la raza que Dios eligiera para guardar sus mandamientos. Si el malvado Herodes que nos gobierna oyese hablar de un rey que acaba de nacer, tomaría la espada para cortar este débil tallo antes que floreciese. Y yo, pobre madre, ¿cómo pudiera defender a aquel que Dios me ha confiado?

El Mago Melchor.—Nada temas, ¡Oh

llena de gracia! Contigo está el Omnipotente, y ha bendecido tus destinos. Herodes nada puede contra tí: caerá del trono ante el juicio de Dios, y tu Hijo, elevándose sobre todas las grandezas de la tierra, fundará un imperio eterno cuyos servidores serán los reyes que han de venir.

La Virgen María.—Venerables extranjeros, ya veo que el Señor os instruyó de todos estos misterios mucho tiempo antes de nacer este niño. ¡Benditos seais, oh varones ilustrados por los resplandores de la gracia divina! No os ha engañado el cielo, pues el Angel de Dios me anunció también cuanto acabáis de decir.

El Mago Gaspar.—¡Gloria al Todopoderoso! Porque la voz de este Angel es la que nos habló en la nube: su mano conducía la estrella cuyo rastro hemos seguido.

La Virgen María.—Y ¡ojalá la misma estrella os vuelva en paz a los lugares donde florecen vuestras virtudes! Id, nobles hijos del Oriente, a sembrar la feliz nueva en las orillas más lejanas, y decid de paso a la tierra que el rocío del cielo ha hecho germinar el fruto de la vida eterna.

Los tres Magos.—Descienda sobre tí por tus santas oraciones la bendición del Altísimo, y la paz de este infante divino quede sobre tí, ¡Oh Virgen inefable! y cuando se hayan cumplido los tiempos gloriosos, pueda el Rey celestial, cuya cuna estamos tocando, venir también a visitar nos o bendecir nuestras cenizas. Este diálogo, sacado de las leyendas, que se desprende como una espiga de oro de la sagrada gavilla de los padres de la Iglesia, ¿no es una de las más bellas creaciones de la piedad de los primeros siglos? Los ilustres intérpretes de la Escritura que vivían casi al umbral del Cristianismo, hallaban en el fondo de su corazón esos graciosos comentarios, inspirados por el amor divino a las suaves meditaciones de la inocencia.

P. CHRISTIAN

CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista
LENTES Y ANTEOJOS
DE TODOS LOS PRECIOS
Frente al Gran Hotel Costa Rica

CONSIGANOS SUSCRITORES

NOVELA

alma reposa, desde hace tiempo, junto a una muerta; pero, podéis sin pena, sin desconfianza, entregar vuestra hija a un hombre que la rodeará de solicitud y respetos...

Así, poco a poco, fué cediendo la Baronesa; sentíase casi madre de dos niños enfermos; y unía aquellas dos vidas sin procurar acercar también sus corazones.

El Chambelán debía desconocer hasta el último instante este secreto pacto.

Un extraño pudor hacía que la madre retardase la gozosa tarea de dirigir los preparativos y fiestas de la boda.

Más difícil aun le pareció el momento de revelárselo todo a su hija.

Cumplió esa misión sin el contento que suelen sentir las madres. Sentía más bien la vergüenza que estremece a la hija cuando confiesa una afrentosa caída.

Por fin, un crepúsculo, la Baronesa decidió hablar a su hija.

Amelia estaba acostada. Oyendo a su madre, sólo entendía que le hablaba de su porvenir, de su salud, de acontecimientos que cambiarían placenteramente su vida. Y la enferma sorbía con avidez el bello cuento maternal, y el rubor se derramó por sus mejillas y resplandecieron sus ojos.

De pronto, atrajo a su madre y exclamó delirante de desesperación y gozo:

—¡Oh, mamá! ¿Hablas de mi porvenir? ¿Pero es que ha dicho el médico que puedo sanar, que viviré... algún tiempo más?

La señora ocultó su rostro. Le parecía que cometía un sacrilegio hablando de cosas terrenas con aquella hija destinada al cielo. ¿Cómo confesarle sus planes? ¡Y era forzoso!

Cuando la desdichada señora, sollozando, prorrumpió:

—¡Oh mi vida! ¿Acaso no puedes comprender que sólo por tu bien he podido hablar así!— la hija, rodeando con sus brazos el cuello de la madre, dijo:

—Sí, lo comprendo; lo comprendo más de lo que imaginas: la cláusula del testamen-

to, la fecha fatal del 21 de agosto y... todo... Comprendo que el Barón Gosa siente un tierno cariño por mi buena mamá; que quisiera aliviarnos, socorrernos y... que no se puede ser orgullosos siendo pobres. También sé que hay muchos que se casan sin amarse, aun que esto tampoco sea muy... digno. ¿Pero por qué el Barón no elige otra mujer joven, sana y hermosa, que le cause menos molestias, menos pesar? ¿Es que Gosta no podría también ayudarnos, favorecernos, siendo él tan rico y poderoso? El espectáculo de mi sufrimiento le apenará o por lo menos le disgustará. ¿Por qué me ha escogido?

La madre no contestó y bajó la cabeza ante la mirada, interrogadora y ansiosa de la hija, cuyo pobre cuerpo se estremecía desventuradamente. Amelia, llenos de lágrimas sus inmensos ojos, murmuró:

—¡Oh, Señor, dije que lo comprendía todo! ¡No! ¡Qué tonta he sido! ¡Gosta sabe que ha de morir pronto! Por eso...

La compasión que sintió la señora Silverspint la llevó a despreciarse y a aborrecerse a sí misma y menospreciar y odiar al que le sugiriera el ruin pensamiento. Las lágrimas de Amelia le demostraban toda la ignominia y bajeza de su propósito. Y la señora Silverspint se dijo que nunca se realizaría.

Tomada esa decisión, dejó a su hija después de abrazarla y de pedirle que olvidase cuanto habían hablado.

Pero al otro día, cuando fué a besarla, Amelia la atrajo y descansando su dolorida cabeza sobre el corazón de la madre, para evitar su mirada, murmuró:

—Mamá; ¡pobrecita mía! Yo haré todo lo que tú quieras ¿sabes?, todo ¡Es que me sorprendió tanto lo que me propusiste. Pero me dais también tanta lástima mis hermanitos y mis hermanas, y tú y mi pobre padre, que... acepto, ¿oyes? acepto eso... Además, nada malo puede ser cuando tú misma lo quieres.

El día decisivo, cuando el lujoso coche pasó el carcado de Lindenias y el Barón Gosta de Hallenjelm contempló la ruinosa vejez de aquellos muros tuvo el joven una última duda pensando en la pobre muchacha a la que había de inferir el ultraje de ofrecerle sólo su nombre ¿No sería preferible renunciar a Halleborg y dejar que su primo Carlos Emilio lo gobernase?

¡Demasiado tarde! No era posible retroceder. Y tomando el ramo de flores, una maravilla arrancada de las estufas de sus jardines de Halleborg, atravesó la puerta, repasando mentalmente las más delicadas palabras con qué mitigar cuanto de penoso hubiera en la entrevista.

Amelia estaba sola. Su madre la dejó por llevarse al padre, cuya desatada facundia no debía mezclarse en esta primera charla de los prometidos.

La enferma estaba recostada en una butaca de elevado respaldo. El encendido color de sus mejillas y su animación nerviosa le prestaban un falso alivio. Se había puesto todas sus galas, un vestido de seda negra, que resultaba ya demasiado ancho para su delgadez.

Mirando el enflaquecido cuerpo de su víctima, olvidóse el Barón de las acicaladas palabras que traía preparadas y balbuceó:

—¡Perdón, Amelia, perdón! Todavía es tiempo; decidme que no, si lo que pido os parece más fuerte que vos misma. ¡Pero si consentís, yo os juro que esta primera pesadumbre será también la última!

El alma de Amelia, que nunca recibiera la visita de Amor, no pudo comprender la angustia de aquella escena. Sólo instintivamente sentía una profunda confusión, presintiendo que lo que en las demás mujeres sería un supremo goce, era en ella motivo de cruel farsa.

Retiró con dulzura la mano que Gosta le besaba, y apoyándola sobre su brazo, respondió:

—Nada tengo que perdonaros, Gosta. Que Dios nos perdone a los dos si desobedecemos sus mandamientos.

En aquel instante apareció la señora Silverspint seguida de sus hijos. El Chamberlán se presentó por otra puerta, acompañado de una criada que llevaba una bandeja de plata resplandeciente del cristal de las copas que rodeaban las garrafas de punch.

.. Escanció con solemnidad y propuso que se brindase por los prometidos, añadiendo otras frases para celebrar el venturoso acontecimiento de familia, frases que hirieron la delicadeza de su esposa y de los futuros desposados. Pero el Barón Gosta y la señora Silverspint se confesaron, mirándose, que no era el Chamberlán más culpable que ellos... No procuraban todos realizar sus egoísmos? ¿A qué entonces, escandalizarse porque el Barón de Lindenias los declarase más abiertamente?

CAPITULO VI EL CASAMIENTO

¡Ha manchado el honor de los suyos! ¡Me ha robado mis derechos valiéndose de subterfugios ruines!— gritó Carlos Emilio cuando supo la noticia.

Las nobles damas de la comarca murmuraron:

—¡Sin duda ha olvidado su nacimiento, el círculo en que estaba llamado a vivir! —Y añadieron con despecho:

—Para asegurarse el mayorazgo de Halleborg, oculta sus culpables relaciones, desposándose en último trance, y haciendo una combinación canallesca con una pobre muchacha de la nobleza, sacrificada por la codicia de sus padres y a quien sólo le queda un soplo de vida.

—¿Y el famoso artículo XVII, no tendrá algún codicilo que añada al señor de Hallenjelm, la obligación de casarse con otra doncellita noble si la primera esposa muere sin darle heredero? Porque en ese caso —insinuaba la maligna lengua del vicario —podrían sucederse muchas jovencitas nobles pobres y... amenazadas de tisis..

El señor Consejero del Tribunal, que



por su cargo sabía la célebre cláusula, declaró que, casado con señorita de la aristocracia antes de cumplirse el trigésimo sexto año de su nacimiento, nada podía temer el barón Gosta.

En contra de los argumentos de su esposo, la Baronesa había convenido con Gosta en que la boda se hiciese privadamente, sin salir del castillo, sin otros testigos que algunos parientes próximos y algunos viejos amigos. El pastor Hjelm bendeciría la unión.

Para la pobre Baronesa de Silverspint fué aquel día el más doloroso de su vida. Gosta, devorado por el remordimiento, veía a todas horas a Julia. La imaginaba muerta. ¡Qué bella estaba entonces! ¡Y qué consuelo tuvo su alma, cuando, después de enterrar a la amada refugióse con Malená en sus recuerdos! Pensó entonces llegar al paroxismo del dolor. ¡Y en el día de su boda desgarrábase su corazón más cruelmente! Véase como un criminal sentándose delante del juez para recibir su sentencia.

Amelia estaba más serena que su madre y Gosta. Comprendía menos la maldad del acto que se realizaba.

El cansancio de los días anteriores, los insomnios, los preparativos, la llegada y el bullicio de los invitados, y la inevitable emoción de la mujer en semejante día, la rindieron tanto, que durante la ceremonia tuvo que sostenerla su padre. Rehusó las blancas galas de novia demandadas por su doncelez y juventud. Llevaba un vestido sencillo y amplio, de seda negra, y un velo, corto y cándido, prendido con una corona de mirto. Sin proponérselo, atenuó, lo que pudo, el atavío nupcial para no ofrecer a las gentes motivo de ironía.

El viejo sacerdote, advirtiendo la extrema debilidad de la joven, apresuró la ceremonia, reduciéndola a las más leves fórmulas del rito. Pero cuando terminaba, en las postreras palabras de la bendición, tembló su voz y sus ojos se bañaron de lágrimas, y oró al Señor por la dicha de aque-

llos seres queridos. Acabó su plática diciendo: "que frecuentemente el Creador conducía a sus criaturas por intrincados y misteriosos caminos hacia el deber y la felicidad".

Llegado el momento de recibir los novios las felicitaciones de costumbre, el viejo Chambelán desciñóse dulcemente los brazos de su hija y la puso en los de Gosta. Ella se estremeció y lo miró asustada.

Llorando arrojóse a los brazos de su madre, que la atrajo tristemente. Después la rodearon los hermanitos, las hermanas, que ansiaban besarla mucho y decirle que le deseaban alegrías, muchas alegrías.

Luego llegaron los momentos más angustiosos para los tres personajes que intervinieron principalmente en la farsa. No se limitaba todo a la íntima confesión de su culpa.

Comenzaba el calvario. Los invitados no encubrían sus despiadas chanzas; más bien cuidaban de que se notasen sus alusiones.

Fué acabándose la tarde...

¡Qué alivio cuando partió el último coche de invitados!

El Chambelán, que estuviera tan solemne y hasta elegante durante la ceremonia y recepción, parecía, ahora, tembloroso y torcido. Al despedirse, muchos convidados sentían la misma flaqueza de piernas.

Amelia descansaba tendida en un sofá. Sus hermanas la rodeaban llorando, como pidiendo que no les abandonase el ángel bueno de la casa.

La señora Silverspint, arrodillada ante su hija y teniendo sobre su pecho la cabeza de la enferma, murmuraba:

—¡Pequeñita, mía, mi alma! Siempre deseé tu felicidad; todo lo hice por bien tuyo. ¡Qué Dios me perdone si me he equivocado!

El cochero se presentó anunciando que el carruaje estaba ya enganchado y dispuesto.

Entonces Gosta, muy pálido, conmovido

por el dolor de la señora Silverspint y de sus hijos, acercóse y dijo:

—Perdón, Amelia; os veo angustiada, desfallecida, pero...

La madre irguióse anhelante.

—¡Yo os suplico que nos la dejéis aún esta noche!

Y sonriendo con amargura, añadió

—¡Qué supone para vos esa gracia que os pido...! ¡No os creo un marido de los más... impacientes!

Gosta no se quejó, no protestó de la afrenta. Volvió la cabeza y repuso:

—Es que nos aguardan en Halleborg... y hasta creo que mis gentes nos han preparado alguna sorpresa... ¡Sentiría causarles una decepción!

Amelia se incorporó como si estas palabras le hubiesen comunicado una milagrosa fuerza. ¿Había en Halleborg gentes que se interesaban por ella? ¿Podría, entonces tener una misión que realizar en su efímera vida? ¿No era para todos una criatura insignificante, buscada sólo por prestar obediencia a la cláusula XVII del testamento? ¡Representaría algo, mucho, en la fiesta de alborozo y cariño preparada en Halleborg!

Abrazó a su padre, a sus hermanos, a sus hermanas, a su madre. Después, volviéndose hacia el hombre cuyo apellido llevaba —aquel ilustre linaje que, enlazado a su nombre, grabarían pronto en la tumba de los Hallenhjelm,—dijo con voz firme:

—Cuando queráis.

Su alma era fuerte heroica, pero su cuerpo estaba tan postrado y débil, que vaciló y tuvo Gosta que recogerla y llevarla al coche.

Y quedaron solos. ¡Solo con su mujer! ¡Oh, y qué felicidad representaban aquellas palabras! ¡Solo con la amada! Ajeno a todo; embriagado por la presencia de la esposa, por la frangancia de su carne y de su alma. ¡Las bocas, trémulas, se buscan y se funden; se enlazan los brazos, se unen las palpitations de las dos vidas!

También el Barón Gosta pasó su brazo por la espalda de la joven, mas fué para sostenerla e impedir que se golpeará. Y como Amelia permanecía callada, sobrecogida, decidióse a preguntarle:

—¿Sufrís aún? ¿Queréis que volvamos a Lindenäs para pedirle a vuestra madre que nos acompañe?

Sin la obscuridad de la empezada noche, Gosta hubiese visto el repentino rubor de la muchacha.

Amelia incorporóse con doloroso esfuerzo.

—No; gracias, Gosta.

Era la primera vez que le llamaba así. Y apareció Halleborg.

El barón lo contempló con arrobamiento.

Cuando el carruaje cruzó el puente que enlazaba las tierras de la baronía con la mansión señorial, cuyos muros se bañaban en un río centelleante de luna, Gosta sintió el latido jubiloso de toda su vida; y volvió a la confianza de su misma conciencia y parecióle bueno y legítimo el acto realizado.

Todas aquellas gentes que en el jardín y parque se apresuraban a contemplar los preparativos hechos para su llegada habían nacido en sus dominios, como sus padres vivieran allí siempre. Y todos se habían reunido para recibir, con sorpresa acaso, pero con el debido agasajo, a la doliente mujer que él llevaba a su hogar. Muchos, quizás, sospecharan por qué la habían elegido, pero ninguno tenía un corazón tan malvado como para descubrirlo.

—¡Hipp, hipp, hipp ¡hurrah!— gritaron trescientas almas, trescientos servidores enseñados pacientemente por Svensson para que la exclamación resultase de un maravilloso conjunto coral. Y este homenaje no habría sido más entusiástico, más sincero, aunque Gosta hubiese traído una mujer hermosa y sana a la que amase con locura.

(Continuará)

Jesus atado a la columna

Lo ataron a una columna...
 Cien manos estremecidas
 le arrancaban a pedazos
 la túnica que vestía.
 Desnudo el torso moreno,
 la carne, en cobre encendida,
 lo azotaban, lo azotaban
 con agudas disciplinas.
 La sangre se le escapaba
 por la fina piel herida...
 Maduro de latigazos,
 se quedaba en carne viva,
 rotas las venas azules
 por donde corre la vida...

(Por cada gota de sangre
 un lucerito nacía).

Le burlaban, le insultaban,
 le escupían...
 Sucio de odio y de denuestos,
 más que de su sangre limpia,
 Jesús miraba a la plebe
 llenas de amor las pupilas...

¡Columna de blanco mármol
 que con cien más sostenías
 el Pretorio: anticipada
 cruz donde Cristo moría!

Aquí los clavos son sogas,
 pero la cruz es la misma.

De cruz en cruz por el mundo
 Jesús camina...

¡Látigos de largas puntas
 buídas
 que flagelabais sus carnes
 con delicia!

Cada punta provocaba
 una agonía.
 Una sarta de rubíes
 en cada punta fulgía.

¡Para la sed de mis labios
 dame una gota purísima
 de la sangre que, hilo a hilo,
 resbala en las disciplinas!

¡Dejadme apoyar la frente,
 fatigada de esta vida,
 en esa columna donde
 lo ató la chusma deicida!

A zarpazos lo amarraron
 cien manos estremecidas.
 Para sembrar el amor
 su sangre de oro corría..

(Por cada gota de sangre
 un lucero se encendía).

J. Ortiz de Pinedo

EN LA FARMACIA FISCHEL

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
 SUEROS Y VACUNAS

Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischel siempre encuentra lo que busca.

**¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús,
 en todos los instantes, en todos los tabernáculos!**

Oigamos y obedezcamos al Papa

"La experiencia debería haber enseñado a todos los hombres, que la política orientada por las verdades eternas y por las leyes de Dios, es la más real y tangible de las políticas".

"Vigilad y orad: despertad y orad. Así advirtió el Señor a sus discípulos, la víspera de su pasión. Vigilad y orad: despertad y orad; tal es el clamor que en nombre del Redentor resurrecto os dirigimos a vosotros y a todos los fieles del mundo".

"El que no está ciego, ve; el que no es espiritualmente insensible, siente; Ro-

ma, madre, heraldo, maestra de la civilización de los valores eternos de la vida, esta Roma que una vez su máximo historiador llamó, casi por instinto divino, **capital del mundo y de las tierras**, y cuyo destino es un misterio que se revuelve en los siglos esta Roma se encuentra ahora frente, o más bien, dentro de un cambio de los tiempos que exige de la cabeza y miembros de la cristiandad **vigilancia suprema, preparación incansable y actividad incondicional**".

PIO VII

SUPLICAMOS

a los Agentes y suscritores atrasados ponerse al día pues necesitamos ese dinero para pagar nuestros gastos de impresión de la Revista. Si no lo hacen, nos veremos obligados a publicar sus nombres.

La Dirección



Deben necesariamente ser lloronas las criaturas alimentadas a biberón?

¡Claro que no! El llanto de una criatura generalmente indica un dolor—el dolor de la indigestión. Vd. sabrá que la leche de vaca por sí sola es capaz de formar coágulos en el estómago de la criatura. Por eso, las niñeras y madres prudentes le añaden "Cebada 'Patent' de Robinson". Este conocido cereal permite que las criaturas alimentadas a biberón digieran su alimento con tanta facilidad como la leche de madre y prepara sus órganos digestivos para recibir alimentos más sólidos más adelante. Use "Cebada 'Patent' de Robinson" y observe como progresa su criatura.



LA CEBADA 'PATENT'
DE
ROBINSON

Agentes: COSTA RICA MERCANTILE CO., San José

Un negocio muy importante

Muchos y muy variados son los negocios que preocupan a todos los hombres. Apos-táos un día en el punto más agitado de la ciudad y preguntad, aunque sea mentalmen-te, a cada uno de los incontables personaj-es que pasan ante vuestros ojos qué ne-gocio es el que le preocupa de la mañana a la noche y lo arrastra por las calles de la ciudad, por los campos, por la tierra, por el mar y por el aire. Quedaréis pasmados al ver que no hay dos que coincidan en la misma preocupación. Cada uno os habla-rá de SU NEGOCIO como de la cosa más importante del mundo, única cosa por la cual debieran preocuparse (los hombres. Pero no me negaréis que todas esas fe-briles preocupaciones se reducen a una: TRIUNFAR Y GOZAR EN EL MUNDO.

Un estudiante romano tenía mucho ca-rriño a San Felipe Neri. El día que terminó sus estudios corrió a ver al Santo para anun-ciarle el feliz éxito de su carrera. "Muy bien, le dijo el Santo, te felicito. Y ahora ¿qué vas a hacer? —Soy abogado, le dijo el joven, pleitaré. —¿Y después? —Me casaré. —¿Y después? —Ganaré mucho dinero para hacer feliz a mi familia. —¿Y después? —Después... (respondió el jo-ven al cabo de algunos momentos de re-flexionar) tendré que morir, como todos. ¿Y después...?" Ya no supo responder el novel abogado y se fué meditabundo y triste. El eco de aquel último DESPUES que le dirigió San Felipe le zumbaba ter-riblemente en los oídos y le atormenta-ba el alma de la mañana a la noche y de la noche a la mañana; despierto y dur-miendo, trabajando y comiendo, en casa y en el campo le estremecía la respuesta a aquel último DESPUES. Más no en vano le atormentó el eco de aquella sen-cilla pregunta: dejó la carrera y los idea-les mundanos, y abrazó la vida religiosa.

Este sencillo DESPUES de San Felipe Neri plantea ante nuestros ojos y ante los ojos de todos los hombres el principal

problema que debe preocuparnos a to-dos. Porque ya puedes hacer cálculos y más cálculos en tu vida, ya puedes ver todos los caminos de color rosa, ya pue-des tener dinero y amistades y todos cuantos placeres quieras. ¿Qué puede du-rar todo eso? ¿Diez años? ¿Veinte años? ¿Treinta? ¿Cuarenta? ¿Ochenta? ¿Cien-to? Perfectamente bien, ¿Y después? Se acabarán tus placeres y tus amigos y tus dineros y tu vida, y te encontrarás a las puertas de la eternidad para ser eternamen-te feliz o eternamente desgraciado. ¡Ese asunto de tu salvación o tu condenación es algo muy serio! Si tanto te preocupan unos cuantos días en este mundo ¿cuánto no debe preocuparte el asunto de la eterni-dad? De tal importancia es el negocio de tu salvación, que, en comparación de él, cualquier otro negocio, por grande e impor-tante que sea, no merece llamarse negocio, sino simple bagatela. "¿Qué aprovecha al hombre—dice N. S. Jesucristo— ganar el mundo entero si pierde su alma? ¿Con qué podrá rescatarla, una vez perdida?"

Hallábase en la cárcel Santo Tomás Mo-ro, canciller de Inglaterra y estaba a pun-to de ser condenado a muerte por negarse a traicionar su religión. Fué a visitarle su esposa, y llena de compasión, le dijo: "¿Por qué no salvas tu vida? —¿De qué modo? —Renegando de tu fe. —¿Cuán-tos años te parece que puedo vivir aun en este mundo? —Unos veinte años, lo menos. —¿Y no te parece una locura que por consrvar la vida veinte años más, sa-crifique y pierda toda la eternidad?"

El negocio de nuestra salvación es un negocio tan importante que ante él son sombra de cuerpo de mosquito todos los negocios de este mundo, porque ¿de qué nos servirá ganar y gozar del mundo entero por espacio de cincuenta o cien años, si después vamos al infierno por toda la eter-nidad?

Doña Isolina Vargas Vda. de Acuña

Gran cariño y veneración guardábamos por esta amiga nuestra que conocimos desde nuestros años juveniles. Era una persona muy agradable en su conversación, fina, atenta y como éramos de las personas que conoció en nuestra niñez, nos agasajaba y nos atendía con gran cariño. Sumamente bondadosa, fué muy dedicada a su hogar. Pasábamos largas horas conversando de las costumbres antiguas y no podía acostumbrarse a las costumbres modernas.

Muy piadosa, de un gran corazón, muy caritativa, sumamente instruída, pues las

buenas lecturas era su mejor distracción. Rodeada del cariño de sus hijas, hijo y hermanas, nietos y sobrinos, descansó en la paz del Señor confortada con los Santos Sacramentos. Como justo homenaje a la muy querida e inolvidable doña Isolina le dedicamos estos recuerdos desde lo más íntimo de nuestro corazón y elevamos muchas oraciones por el eterno descanso del alma de ella. Nos unimos al profundo dolor de la distinguida familia doliente.

Sara Casal Vda. de Quirós

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- * ALIMENTACION ADECUADA ;
- * VESTIDO APROPIADO ;
- * CASA CONFORTABLE
- * ATENCION MEDICA ;
- * EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Instituto son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

INSTITUTO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924

RECETAS DE COCINA

A cargo de doña DIGNA CASAL DE SOLARI; Profesora graduada en Bruselas

TORTA DE CAMOTE.—Se ponen a cocinar en agua con cáscara libra y media de camotes, frsecos, cuando están bien suaves se pelan y se pasan por el prensador de papas antes de que se enfríen, luego se les agrega una tacita de leche, una cucharada de mantequilla, un huevo y un poquito de sal y azúcar al gusto, se mezcla todo muy bien, se prueba para saber si tiene buen gusto. En un pirex untado de

manteca se pone la mitad de esta pasta extendiéndola bien; a tres tajadas de piña se le quitan los ojos, el corazón y se parten en pedacitos pequeños y se colocan sobre el camote extendiéndolas bien, luego se tapa la piña con el resto del camote, por encima se le ponen pelotitas de mantequilla y se mete al horno caliente hasta que esté dorada.

Ni con los pétalos de una flor

Ni Grecia, ni Roma, ni el mundo pagano, ni la Edad Media, ni el Renacimiento... tuvieron concursos de belleza. Es que los antiguos profesaban a la mujer un cierto respeto y veían en la niña a la futura esposa y madre. Se trata, pues de

una "CONQUISTA" moderna, de estos tiempos en que se habla tanto de la dignidad humana, y, sin embargo, jamás se ha tenido menos en cuenta.

Afirma un proverbio francés que a una mujer no hay que golpearla ni siquiera con los pétalos de una flor; pues bien, nos parece que presentar a una joven ante los ojos no siempre respetuosos de una multitud, es peor que azotarla no ya con una flor, sino con un garrote. Ellas, claro está no se dan cuenta de lo que hay de bajo de esas prácticas que van a la glorificación de la carne... lo toman a broma y juego, hallan un motivo de vanidad y satisfacción humana: NO SON CULPABLES SINO VICTIMAS.

Tomado de Criterio de San Salvador

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA UD. EN LA

Tienda de **DON NARCISO**

"EL CHIC DE PARÍS"

Siempre atento a complacer su clientela ofrece a Ud. abrigos, saquitos y enaguas de última novedad como también corbatas, lazos, cuellos, galones en lentejuelas y otras blanco y en colores.

Para niñas lindas carteras y sombreritos última moda neuyorquina todo escogido por su propietario.